

encontrándonos al final con un golpe de plato dado inconscientemente.

Se acerca un joven de la comisión:

—Deben estar Vds. cansados. Beban algo y no trabajen mucho. Uno más y al almuerzo, que tenemos apetito.

Nos ofrece moscatel en un porrón y un par de galletas «boers» con gusto a jabón. Como que el repertorio no es muy extenso, damos con el mismo pasodoble, terminando, y la gente tan contenta..., y a la comida. Los muchachos cargan con los utensilios y se excusan:

—Tendrán que perdonar. No les llevamos al hotel porque está a treinta kilómetros, pero comerán todos juntos en una cocina improvisada.

Efectivamente. En una casa medio derruida en la que no vivía nadie, alguien, cara al negocio, ha improvisado un puesto de bar y comidas.

—¡Pero si es el mismo que venía con nosotros!...

—Pueden sentarse, el arroz estará enseguida.

Enseguida es media hora. Hemos empezado con entremeses, una sardina, dos trozos de tomate, dos aceitunas... y menos mal que hay pan en abundancia.

Por fin llegó el arroz. Dos platos inmensos y aún queda más, si nos apetece. Hacemos nuestro papel porque había apetito. No diré que fuera bueno o malo; flotaban los calamares, los moluscos y algún pedazo de pollo, que alguien de nosotros percibió y los restantes nos quedamos sin él. Segundo plato: dos costillas y por último el clásico pollo asado que no podía faltar en fiesta como ésta: desaparecieron las patas como por encanto, pero en un instante me encontré con una en mi plato; era de mi vecino que poco acoslumbrado a la etiqueta, con el cuchillo... Postres: un plátano y almendras y al final un espléndido café (icafé!) del cual tomé tres tazas porque era bueno. Coñac, por licores; un coñac petrolífero y un cigarro rubio de mi bolsillo, porque los puros no entraban en el presupuesto.

Y espera larga, aburrida, hasta las siete de la tarde, que serán las ocho. Hace un calor horrible y me aburro soberanamente. Empiezan a llegar los tipos pintorescos que son muchos, y nos miran de pies a cabeza, con sus caras morenas, curtidas por el sol, que a cualquier frase rien como locos, sincera manifestación de fiesta. Tres o cuatro apuestan una botella de champaña y sentados fuera, rodeados de muchachos que rien sin ningún motivo, se descorcha la botella de marca desconocida. Una pequeña explosión y sale con furia de surtidor todo el líquido, dando un remojón a todos los mirones. La botella se quedó sin champaña, pero hubo una carcajada general. Al día siguiente todos los vecinos comentarán la faceta. Llegan las muchachas, plétóricas de salud, sin maquillaje, con vestidos nuevos: amarillos, rosas, verdes, colores fuertes, atrayentes, con adornos de quincallería...

Y al entoldado. Todo encanto y poesía. Hecho todo de rama, cubierto en forma de «tío vivo». No hay luz, ni sillas. La gente se sienta en bancos improvisados. Los músicos quedamos instalados a tierra firme, separados por una pequeña barandilla. Quince pesetas entrada los caballeros y cinco las señoritas. Empieza a llenarse y comenzamos con el mismo número de la danza. Tres o cuatro números con arreglos especiales, repitiendo el estribillo diez o doce veces. Damos la entrada y terminamos como podemos. Ora queda solo el saxofón, ora el batería, ora el acordeón, pero nadie se da cuenta y todos aplauden rabiamente. Pausa larguísima con los números de la «toya». Desafío constante. Una pequeña fracción es motivo de jolgorio.

Llegan los de la «colonia», acompañados. Alpargatas, pantalones blancos, camisa desabrochada, todos iguales...

Se acerca uno a la orquesta (?). Fino de cara, muy «mono», con gestos afeminados:

—¿Tienen el «Mira que eres linda»?

—Sí, señor. Se lo dedicaremos. Son cinco pesetas..

Se va ofendido y nos mira despectivamente. Continúan los números. Se acerca otro de la «colonia»:

—¿Queréis tocar el «Mood Indigo»?— dice con acento inglés de academia.

—Perdone Vd., pero nos faltan diez de los compañeros de orquesta...

Se marcha, sonríe irónicamente... Pero no veremos a ninguno más.

Un enjambre de chiquillos, boca abierta, mira a los músicos. Se sortean los últimos números de la «toya»: una azucarera de cristal con tapa niquelada y una pequeña cucharita.

Se interpretan un par de números más. El saxofón llora constantemente, con una sonoridad muy extraña. Estamos a oscuras y nos llevan, para empeorar aún más la visibilidad, un par de luces de carburo. Tres en todo el entoldado. Y por fin se sortea la «toya». Silencio, un sorteo de Navidad con setenta y cinco millones, no mueve tanta expectación. Al fin salió. Ovación cerrada. El joven pide un baile, a bailar solos con la pareja dos o tres vueltas... y se lleva la azucarera a casa, bajo la admiración de las jovencitas.

El último de la tarde. En cuestión empezaremos el de la noche a la una. Encontramos el comedor completamente lleno, sin sillas...

—Perdonen, no nos habíamos acordado de Vds...

¡Caramba! ¿Y de qué cenaremos? Pero hemos comido algo muy aprisa. Nos hartamos de pan y almendras tostadas. Hay muchos que esperan y el negocio no se compadece de nadie, ¡ni de los músicos!... Salgo a fuera. El cielo está completamente estrellado, hace una noche encantadora. A mis pies, muy a lo lejos, las lucecitas de algún pueblo que no están de fiesta como nosotros. Se oye la risa fresca, juvenil, de algunas muchachas que van acercándose. Y nuevamente al entoldado. Tropezó con algo que no sé si es persona o no y me encuentro dentro de él. Nos llevan las luces y empezamos con un número tan rápido que no sé cómo terminaremos. Y venga tocar, como si nos echaran perras, al igual que una pianola. La gente baila alborotada. Las mujeres de edad, sentadas como figurines y lanzando al aire algún bostezo... Los hombres maduros haciendo corro. Se toca el baile de «ramos», el de «casados», el «robado» —para caballeros, se anuncia— y otra vez la supermagnífica «toya»: un estuche con seis cucharitas que hace lanzar al unísono un ¡Oh!, pero a diez mil números el sorteo. (Tenemos para rato.) Venga cigarrillos. Nuestro compañero que está más cerca de la oscuridad, busca el molde en la silla y se duerme. Es el remate final, el apoteosis. Quien buscara el concepto moral en la civilización aquí, diría que esto no lo es. Pero lo es: la gente se divierte y alborota porque sabe que esto es una vez al año y a todo ser humano le es concedido el divertirse a su manera. El recogimiento y la soledad vienen después..

Con el último vals (que no sabemos si lo es o no) y una polvareda terrible que os entra por todo, se terminan también las luces de carburo. La gran fiesta ha terminado, y como por arte de magia desaparece todo el mundo, menos los estoicos e infatigables jóvenes de la comisión, que después de pagar el importe de la contrata nos acompa-